

y me voy enmendando.

El trece de Febrero,
hablando con franqueza
y para ser sincero,
es un drama sin pies y sin cabeza.
Esto es, en puridad, Fabián amigo;
y cuenta que á ti solo te lo digo.

Pero al público no, pues me enajeno
las voluntades del partido en masa
que hará á Cánovas bueno;
y ¡ay de mí si la pluma se propasa!
Ni siquiera diré que no hubo lleno.
Ahora, escucha, Fabián, lo que allí pasa.

PRÓLOGO DEL DRAMA.

El autor, ambidextro, de la escena
ventrilocuo, y asombro de las artes,
porque en una vez sola habla en dos partes,
creó su Blanca, y vimos que era buena.

Estaba en su guardilla
cuidando á su papá la pobrecilla
—presidiario de antaño,
un pobre viejo que se muere al paño.—

Allí, tabique en medio,
mientras muere el anciano sin remedio
si no va á Andalucía,
vive la vizcondesa, que es muy *tía*
y engatusa á Roberto.

Se hacen algo el amor, y hablan de un muerto.
Luego el muchacho pasa
de la una á la otra casa
y también enamora
á Blanca, que era toda una señora;
y sin embargo de esto,
Roberto está con el sombrero puesto.

Mientras habla de amores, se le quita;
pero ante unas tremendas calabazas
de aquella señorita,
vuelve Roberto á sus primeras trazas,
y vuelve á ser Roberto
caballero cubierto.

Blanca, para salir de sus apuros,
pide al amante fiel algunos duros,
y con delicadeza
y gusto extraordinario
le llama ¡millonario!

(Aquí tienes Fabián el cómo empieza.)
El verdadero amor, si es verdadero,
besa al morir la mano que le hiere;
pero Roberto, aunque de amor se muere,
no quiere dar de balde su dinero.
—A más alta virtud jamás alcanza
hombre de tan poquísima crianza.
Blanca lo vende por su padre todo (1),
y se arroja en el lodo:
son virtudes postizas
esas tan fácilmente *arrojadizas*.

ACTOS 1.º, 2.º, 3.º, ETC., ETC., ETC.

En el acto primero
ya es Blanca la mujer de un caballero.
¡La sabia Providencia
pone de esta señora en el camino
tan buena conveniencia!
Él no le preguntó de dónde vino;
y así, sin beneficio de inventario
con ella se casó. ¡Fué su destino!
(el destino ordinario).

(1) Véase la crítica de *Todo por mi padre*, de Fíguro.

Un general—Parreño—viejo adusto
y que tiene el mal gusto
de leer sin cesar
artículos de fondo de Escobar,
hablando á troche y moche.
nos hace bostezar toda la noche.

En esto llega Vico,
cada vez más filósofo y más rico.
A Blanca, que compró cual mercancía,
le recuerda la venta: «tú eres mía,
le dice, que lo sepa el mundo entero,
yo soy un caballero,*
y dicho y hecho, lo refiere todo,
(Hay caballeros que lo son de un modo...)

Como estamos á trece de Febrero,
le da un síncope atroz á la Dardalla,
y el pueblo bonachón y alabardero
dispara de entusiasmo la metralla.
¡Oh público sincero
que casi siempre acierta cuando calla!

De resultas de todo lo ocurrido
desafía á Roberto... no el marido,
sino aquel general tan singular
que leía á Escobar.

Ahora el autor dedica todo un acto
á presentarnos con pincel exacto
lo que pasa en un duelo:
¡y son las doce! ¡oh santa Providencia!
danos de aquel marido la paciencia
¡y que nos premie el cielo!
Mas al fin la moral queda corriente:
¡no muere en este drama el inocente!

Aprenda Echegaray de estos autores
que valen menos, pero son mejores,
pues su jurisprudencia
siempre funda en justicia la sentencia.

Lo que en el drama me parece un yerro,
es que se muere Vico como un perro.
¿De qué sirven el médico y testigos
que se van hacia el foro
como si fuesen coro?

¿Conque ya no hay amigos para amigos?

En fin, muere el ateo
llamando á Dios á gritos, y *laus Deo*.
Y muerto el perro, ¿se acabó? ¡Gran Dios!
¡Si aún falta un acto ó dos!...

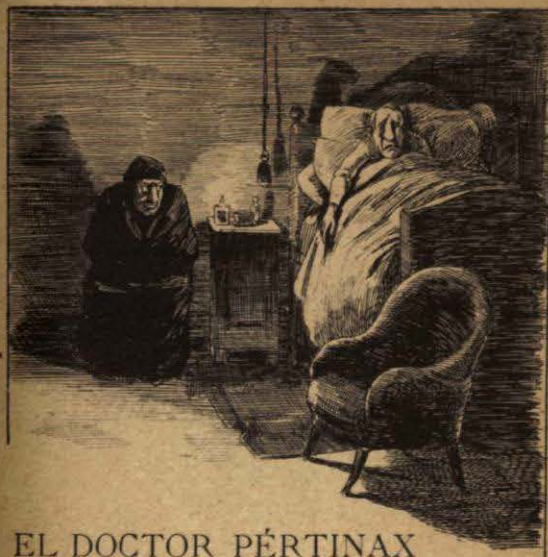
¡Tierra! Concluye el drama
Aquel marido, que por fin se escama,
maldice su consorcio
y reclama *quo ad thorum* el divorcio
con voz desentonada,
que viene bien ahora;
esa voz que Zamora
siempre tiene ensayada.

Como Vico dejó por heredera
á su antigua querida y compañera,
y ésta, muy liberal,
traspasa aquella herencia al hospital,
por rasgo tan hermoso
el marido obligado,
á su vez generoso,
la perdona y se queda tan templado.
Y... ¡parece mentira!
ya no hay más actos, y se acaba el drama,
y el público bosteza y se retira
y se mete en la cama.

EPÍLOGO

Así me dijo Pepe, mi sereno:
—¿Cómo viene tan tarde el señorito?
y yo le respondí, de terror lleno:

—¿Sabes lo que ha pasado?
 ¡Un delito!—¿Un delito?
 —Sí, señor, un delito consumado.
 —¿Y el juzgado?—¿El juzgado?
 ¡Ha aplaudido al autor del finiquito!



EL DOCTOR PÉRTINAX

I

El sacerdote se retiraba mohino; Mónica, la vieja impertinente y beata, quedaba sola junto al lecho de muerte. Sus ojos de lechuza, en que se reverberaba la luz de la mortecina lamparilla, lanzaba miradas como anatemas al rostro cadavérico del doctor Pértinax.

—¡Perro judío! ¡Si no fuera por la manda, ya iría yo aguantando el olor de azufre que sale de tu cuerpo maldito!... ¡No confesarse ni á la hora de la muerte!...

Este impío monólogo fué interrumpido por un ¡ay! del moribundo.

—¡Agu! exclamaba el mísero filósofo.

— ¡Vinagre! contestó la vieja sin moverse de su sitio.
— Mónica, buena Mónica, prosiguió el doctor hablando como pudo: tú eres la única persona que en la tierra me hasido fiel... tu conciencia te lo premie... esto se acaba... llegó mi hora, pero no temas...

— No, señor, pierda usted cuidado...

— No temas: la muerte es una apariencia; sólo el egoísmo... individual puede quejarse de la muerte... Yo expiro, es verdad, nada queda de mí..., pero la especie permanece... No es sólo eso: mi obra, el producto de mi trabajo, los majuelos del pueblo, mi propiedad, extensión de mi personalidad en la naturaleza, quedan también; son tuyas, ya lo sabes, pero dame agua.

Mónica vaciló, y ablandándose al cabo, cuanto un pedernal puede ablandarse, acercó á los labios de su amo no se qué jarabe, cuya sola virtud era trastornar el juicio del moribundo más y más cada vez.

— Gracias, Mónica, gracias, y adiós, es decir, hasta luego. Queda la especie; tú también desaparecerás, pero no te importe, quedarán la especie y los majuelos, que heredará tu sobrino, ó, mejor dicho, nuestro hijo, porque ésta es la hora de las grandes verdades.

Mónica sonrió, y después, mirando al techo, vió en la oscuridad de arriba la imagen reluciente de un tambor mayor, de grandes bigotes y de gallarda apostura.

— ¡No sería mala especie la que saliera de tu cuerpo enclenque y de tu meollo consumido por las herejías!

Esto pensó la vieja al tiempo mismo que Pértinax entregaba los despojos de su organismo gastado al acervo común de la especie, laboratorio magno de la naturaleza.

Amanecía.



II

Era la hora de las burras de leche: San Pedro frotaba con un paño el aldabón de la puerta del cielo y lo dejaba reluciente como un sol. ¡Claro! Como que era el aldabón que limpiaba San Pedro el mismísimo sol que nosotros vemos aparecer todas las mañanas por el Oriente.



El santo portero, de mejor humor que sus colegas de Madrid, cantaba no sé qué aire muy parecido al *ça ira* de los franceses.

— ¡Hola! Parece que se madruga, dijo inclinando la cabeza y mirando de hito en hito á un personaje que se le había puesto delante en el umbral de la puerta.

El desconocido no contestó, pero se mordió los labios, que eran delgados, pálidos y secos.

—¿Sin duda, prosiguió San Pedro, usted es el sabio que se estaba muriendo esta noche?... ¡Vaya una noche que me ha hecho usted pasar, compadre!... ¡No he pegado ojo en toda ella, esperando que á usted se le antojase llamar; y como tenía órdenes terminantes de no hacerle á usted aguardar ni un momento!... ¡Poquito respeto que se les tiene á ustedes aquí en el cielo! En fin, bien venido, y pase usted; yo no puedo moverme de aquí, pero no tiene pérdida. Suba usted... todo derecho... No hay entresuelo.

El forastero no se movió del umbral, y clavó los ojos perqueños y azules en la venerable calva de San Pedro, que había vuelto la espalda para seguir limpiando el sol.

Era el recién venido, delgado, bajo, de color cetrino, algo afeminado en los movimientos, pulcro en el trato de su persona y sin pelo de barba en todo su rostro. Llevaba la mortaja con elegancia y compostura, y medía los ademanes y gestos con académico rigor.

Después de mirar una buena pieza la obra de San Pedro, dió media vuelta y quiso desandar el camino que sin saber cómo había andado; pero vió que estaba sobre un abismo de oscuridad en que había tinieblas como palpables, ruidos de tempestad horrisona, y á intervalos ráfagas de una luz cárdena, á la manera de la que tienen los relámpagos. No había allí traza de escalera, y la máquina con que medio recordaba que le habían subido, tampoco estaba á la vista.

—Caballero, exclamó con voz vibrante y agrió tono: —¿se puede saber qué es esto? ¿dónde estoy? ¿por qué se me ha traído aquí?

—¡Ah! ¿Todavía no se ha movido usted? me alegro, porque se me había olvidado un pequeño requisito. Y sacando un libro de memorias del bolsillo, mientras mojaba la punta de un lápiz en los labios, preguntó:

—¿Su gracia de usted?

—Yo soy el doctor Pértinax, autor del libro estereotí-

pado en su vigésima edición, que se intitula *Filosofía última...*

San Pedro, que no era listo de mano, sólo había escrito á todo esto Pértinax...

—Bien: ¿Pértinax de qué?

—¿Cómo de qué? ¡Ah! sí; querrá usted decir ¿de dónde? así como se dice: Tales de Mileto, Parménides de Elea... Michelet de Berlín...

—Justo, Quijote de la Mancha...

—Escriba usted: Pértinax de Torrelodones. Y ahora, ¿podré saber qué farsa es ésta?

—¿Cómo farsa?

—Sí, señor, yo soy víctima de una burla; esto es una comedia; mis enemigos, los de mi oficio, ayudados con los recursos de la industria, con efectos de teatro, exaltando mi imaginación con algún brebaje, han preparado todo esto sin duda; pero no les valdrá el engaño: sobre todas estas apariencias está mi razón, mi razón, que protesta con voz potente contra y sobre toda esta farándula; pero no valen carátulas ni relumbrones; que á mí no se me vence con tan grosero ardid, y digo lo que siempre dije y tengo consignado en la página 315 de la *Filosofía última...* nota *b* de la subnota *alfa*, á saber: que después de la muerte no debe subsistir el engaño del aparecer, y es hora de que cese el concupiscente querer vivir, *Nolite vivere*, que es sólo cadena de sombras engarzada en deseos, etc., etc. Con que así, una de dos: ó yo me he muerto, ó no me he muerto; si me he muerto, no es posible que yo sea yo, como hace media hora que vivía; y todo esto que delante tengo, como sólo puede ser ante mí, en la representación, no es, porque yo no soy; pero si no me he muerto, y sigo siendo yo, éste que fui y soy, es claro que esto que tengo delante, aunque existe en mí como representación, no es lo que mis enemi-



gos quieren que yo crea, sino una farsa indigna tramada para asustarme; pero en vano, porque ¡vive Dios!...

Y juró el filósofo como un carretero. Y no fué lo peor que jurase, sino que ponía el grito en el cielo, y los que en él estaban comenzaron a despertarse al estrépito, y ya ba-



jaban algunos bienaventurados por las escalonadas nubes, teñidas, cuál de gualda, cuál otra de azul marino.

Entretanto San Pedro se apretaba los ijares con entrambas manos por no descoyuntarse con la risa que le sofocaba. Más se irritaba Pértinax con la risa del Santo, y éste hubo de suspenderla para aplacarle, si podía, con tales palabras:

—Señor mío, ni aquí hay farsa que valga, ni se trata de

engañar á usted, sino de darle el cielo, que por lo visto ha merecido por buenas obras, que yo ignoro: como quiera que sea, tranquilícese y suba, que ya la gente de casa bulle por allá dentro y habrá quien le conduzca donde todo se lo expliquen á su gusto, para que no le quede sombra de duda, que todas se acaban en esta región, donde lo que menos brilla es este sol que estoy limpiando.

—No digo yo que usted quiera engañarme, pues me parece hombre de bien; otros serán los farsantes, y usted sólo un instrumento sin conciencia de lo que hace.

—Yo soy San Pedro...

—A usted le habrán persuadido de que lo es; pero eso no prueba que usted lo sea.

—Caballero, llevo más de 1.800 años en la portería...

—Aprensión, prejuicio...

—¡Qué prejuicio ni qué calabaza!—grita el Santo ya inco-

modado un tantico;—San Pedro soy, y usted un sabio como todos los que de allá nos vienen, tonto de capirote y con muchos humos en la cabeza... La culpa la tiene quien yo me sé, que no se va más despacio en el admitir gente de pluma donde bendita la falta que hace. Y bien dice San Ignacio...

A la sazón apareció en el portal la majestuosa figura de un venerable anciano, vestido de amplia y blanquísima túnica, el cual, mirando con dulces ojos al filósofo colérico, le dijo, mientras cogía sus flacas manos, con las que él tenía de luz, ó por lo menos de algo muy tenue y esplendoso:

—Pértinax, yo soy el solitario de Patmos:

ven conmigo á la presencia del Señor; tus pecados te han sido perdonados y tus méritos te levantaron, como alas, de la tierra triste y llegaste al cielo, y verás al Hijo á la diestra del Padre... El Verbo que se hizo carne.

—Habitó entre nosotros, ya sé la historia; pero señor San Juan, digo y repito que esto es indigno, que reconozco la habilidad de los escenógrafos; pero la farsa, buena para alucinar á un espíritu vulgar, no sirve contra el autor de la *Filosofía última*.—Y el pobre filósofo escupía espuma de puro rabiado.

El portal estaba lleno de ángeles y querubines, tronos y dominaciones, santos y santas, beatas y beatos y bienaventurados rasos. Hacían coro alrededor del extranjero y escuchaban con sonrisa... de bienaventurados, la sabrosa plática que tenían ya entablada el autor del *Apocalipsis* y el de la *Filosofía última*. Como San Juan se explicara en términos



un tanto metafísicos, fué apaciguándose poco á poco el furioso pensador, y con el interés de la polémica llegó á olvidar la que él llamaba farsa indigna.

Entre los del coro había dos que se miraban de reojo, como animándose mutuamente á echar su cuarto á espaldas. Eran Santo Tomás y Hegel, que por distintas razones veían con disgusto en el cielo al autor de la *Filosofía última*, obra detestable en su dictamen, esta vez de acuerdo. Por fin, Santo Tomás, terciando el manteo, interrumpió al filósofo intruso gritando sin poder contenerse:

—*Nego suppositum!*

Volvióse el doctor Pértinax con altiva dignidad para



contestar como se merecía al Doctor Angélico, el cual, después de haberle negado el supuesto se preparaba á anonadarse bajo la fuerza de la *Summa teológica* que al efecto hizo traer de la biblioteca celestial. Diógenes el Cínico, que andaba por allí, puesto que se había salvado por los buenos chascarrillos que supo contar en vida, no por otra cosa. Diógenes opinó que la mejor manera de sacar de sus errores al doctor Pértinax era enseñarle todo el cielo desde la

bodega hasta el desván. A esto Santo Tomás apóstol, dijo: —Perfectamente: eso es, ver y creer. Pero su tocayo, el de Aquino, no se dió á partido; insistió en demostrar que la mejor manera de vencer los paralogismos de aquel filósofo era recurrir á la *Summa*. Y dicho y hecho; ya llegaba con cuatro tomos como casas sobre las robustas espaldas una especie de mozo de cordel muy guapo que llamaban por allí Alejandrino, y era efectivamente Alejandro Pidal y Mon, tomista de tomo y lomo que estaba en el cielo de temporada y en calidad de corresponsal. Abrió Santo Tomás la *Summa* con mucha prosopopeya, y la primer *q* con que topó vinole como pedrada en ojo de boticario. Ya el Santo había juntado el dedo índice con el pulgar en forma de antejo, y comenzaba á balbucir latines, cuando Pértinax gritó con toda la fuerza de sus pulmones: —¡Callen todas las Escolásticas del mundo donde está mi *Filosofía última!* en ella queda demostrado...



—Oiga usted, seor filósofo, interrumpió Santa Escolástica, que era una señora muy sabida; yo no quiero callar, ni es usted quién para venir aquí con esos aires de taco; y lo que yo digo es que ya no hay clases, y que aquí entra todo el mundo.

—Señora, exclamó el Santo Job, haciendo una reverencia con una teja que llevaba en la mano y usaba á guisa de cepillo; señora, sea todo por Dios, y dejemos que éntre el que lo merezca, que todos cabemos. Yo creo que mi amigo Diógenes dice bien; este caballero se convencerá de que ha vivido en un error si se le hace ver el Universo y la corte celestial tal como son efectivamente; esto no es desear á Santo Tomás, mi buen amigo, Dios me libre de ello; pero, en fin, por mucho que valga la *Summa*, más vale el gran libro de la Naturaleza, como dicen en la tierra;

más vale la suma de maravillas que el Señor ha creado; y así, salvo mejor parecer, propongo que se nombre una comisión de nuestro seno que acompañe al doctor Pértinax y le vaya haciendo ver la fábrica de la inmensa arquitectura, como dijo Lope de Vega, á quien siento no ver entre nosotros.

Grandísimo era el respeto que á todos los santos y santas merecía el Santo Job; y así, aunque otra le quedaba, el de Aquino tuvo que dar su brazo á torcer, y Pidal volvió con la *Summa* á la biblioteca. Procedióse á votación nominal, en la que se empleó mucho tiempo, por haber acudido al portalón del cielo más de medio martirologio, y resultaron elegidos de la comisión los señores siguientes: el Santo Job, por aclamación; Diógenes, por mayoría; y Santo Tomás apóstol, por mayoría. Tuvieron votos: Santo Tomás de Aquino, Scoto y Espartero.

El doctor Pértinax accedió á las súplicas de la comisión y consintió en recorrer todas aquellas decoraciones de magia que le podrían meter por los ojos, decía él, pero no por el espíritu.

—Hombre, no sea usted pesado, le decía Santo Tomás, mientras le cosía unas alas en las clavículas para que pudiese acompañarles en el viaje que iban á emprender.—



Aquí me tiene usted á mí, que me resistía á creer en la Resurrección del Maestro; ví, toqué y creí; usted hará lo mismo...

—Caballero, replicó Pértinax, usted vivía en tiempos muy diferentes: estaban ustedes entonces en la

edad teológica, como dice Comte, y yo he pasado ya todas estas edades y he vivido del lado de acá de la *Crítica de la razón pura* y de la *Filosofía última*; de modo que no creo nada, ni en la madre que me parió; no creo más que en esto: en cuanto me sé de saberme, soy cóncscio, pero sin caer en el prejuicio de confundir la representación con la esencia, que es inasequible, esto es, fuera de, como cóncscio, quedando todo lo que de mí (y conmigo todo), sé, en saber que se representa todo (y yo como todo) en puro aparecer, cuya realidad sólo se inquieta el sujeto por conocer, por nueva representación volitiva y afectiva, representación dañosa, por irracional, y pecado original de la caída; pues deshecha esta apariencia del deseo, nada queda que explorar, ya que ni la voluntad del saber queda.

Sólo el santo Job oyó la última palabra del discurso, y rascándose con la teja la pelada coronilla, respondió:

—La verdad es que son ustedes el diablo para discurrir disparates, y no se ofenda usted; porque con esas cosas que tiene metidas en la cabeza ó en la representación, como usted quiere, va á costar sudores hacerle ver la realidad tal como es.

—¡Andando, andando! gritó Diógenes en esto:—á mí me seguían los sofistas el movimiento, y ya saben ustedes cómo se lo demostré; ¡andando, andando!

Y emprendieron el vuelo por el espacio sin fin. ¿Sin fin? Así lo creía Pértinax, que dijo:—¿Piensan ustedes hacerme ver todo el universo?

—Sí, señor, respondió Santo Tomás apóstol (único Santo Tomás de que hablaremos en adelante): eso pronto se ve.

—¡Pero, hombre, si el universo (en



el aparecer, por supuesto), es infinito! ¿Cómo conciben ustedes el límite del espacio?

—Lo que es concebirlo, mal; pero verlo, todos los días lo ve Aristóteles, que se da unos paseos atroces con sus discípulos, y por cierto que se queja de que primero se acaba el espacio para pasear que las disputas de sus peripatéticos.

—Pero ¿cómo puede ser que el espacio tenga fin? Si hay límite, tiene que ser la nada; pero la nada, como no es, nada puede limitar; porque lo que limita es, y es algo distinto del sér limitado.

El santo Job, que ya se iba impacientando, le cortó la palabra con éstas:

—¡Bueno, bueno, conversación! Más le vale á usted bajar la cabeza para no tropezar con el techo, que hemos llegado á ese límite del espacio que no se concibe, y si usted da un paso más, se rompe la cabeza contra esa nada que niega.

Efectivamente: Pértinax notó que no había más allá; quiso seguir, y se hizo un chichón en la cabeza.

—¡Pero esto no puede ser! exclamó, mientras Santo Tomás aplicaba al chichón una moneda de las que llevaban los paganos en su viaje al otro mundo.

No hubo más remedio que volver pie atrás, porque el Universo se había acabado. Pero finito y todo, cuán hermoso brilla el firmamento con sus millones de millones de estrellas!

—¿Qué es aquella claridad deslumbradora que brilla en lo alto, más alta que todas las constelaciones? ¿Es alguna nebulosa desconocida de los astrónomos de la tierra?

—¡Buena nebulosa te de Dios! contestó Santo Tomás; aquella es la Jerusalén celestial, de donde bajamos nosotros precisamente; allí ha disputado usted con mi tocayo, y eso que brilla son las murallas de diamantes que rodean la ciudad de Dios.

—¿De manera que aquellas maravillas que cuenta Chateaubriand y que yo juzgaba indignas de un hombre serio?

—Son habas contadas, amigo mío. Ahora vamos á descansar en esta estrella que pasa por debajo, que á fe de Diógenes que estoy cansado de tanto ir y venir.

—Señores, yo no estoy presentable, dijo Pértinax; todavía no me he quitado la mortaja y los habitantes de esa estrella se van á reir de este traje indecoroso...

Los tres *ciceroni* del cielo soltaron la carcajada á un tiempo. Diógenes fué el que exclamó:—Aunque yo le prestara á usted mi linterna, no encontraría usted alma viviente ni en esa estrella, ni en estrella alguna de cuantas Dios creó.

—¡Claro hombre, claro! añadió muy serio Job; no hay habitantes más que en la tierra; no diga usted locuras.

—¡Eso sí que no lo puedo creer!

—Pues vamos allá, replicó Santo Tomás, á quien ya se le iba subiendo el humo á las narices. Y emprendieron el viaje de estrella en estrella, y en pocos minutos habían recorrido toda la vía láctea y los sistemas estelares más lejanos. Nada, no había asomo de vida. No encontraron ni una pulga en tantos y tantos globos como recorrieron. Pértinax estaba horrorizado.

—¡Esta es la creación! exclamó: ¡qué soledad! ¡A ver, enseñeme usted la tierra; quiero ver esa región privilegiada; por lo que barrunto, debe de ser mentira toda la cosmografía moderna. La tierra estará quieta y será centro de toda la bóveda celeste; y á su alrededor girarán soles y planetas y será la mayor de todas las esferas...

—Nada de eso, repuso Santo Tomás; la astronomía no se ha equivocado; la tierra anda alrededor del sol, y ya verá usted qué insignificante aparece. Vamos á ver si la



encontramos entre todo este garbullo de astros. Búsquela usted, santo Job, usted que es cachazudo.

— ¡Allá voy! exclamó el santo de la teja, dando un suspiro y asegurando en las orejas unas gafas. — ¡Es como



— Para faroles. Son el alumbrado público de la tierra. Y sirven además para cantar alabanzas al

buscar una aguja en un pajar!... ¡Allí la veo! ¡allí va! ¡mírela usted, mírela usted qué chiquitina! ¡parece un infusorio!

Pértinax vió la tierra, y suspiró pensando en Mónica y en el fruto de sus filosóficos amores.

— ¿Y no hay habitantes más que en esa mota de tierra?

— Nada más.

— ¿Y el resto del Universo está vacío?

— Vacío.

— Y entonces, ¿para qué sirven tantos y tantos millones de estrellas?

Señor. Y sirven de ripio á la poesía. Y no se puede negar que son muy bonitas.

— ¡Pero vacío todo!

— ¡Vacío!

Pértinax permaneció en los aires un buen rato triste y meditabundo. Se sentía mal. El edificio de la *Filosofía última* amenazaba ruina. Al ver que el Universo era tan distinto de como lo pedía la razón, empezaba á creer en el Universo. Aquella lección brusca de la realidad era el contacto áspero y frío de la materia que necesitaba su espíritu para creer. — ¡Está todo tan mal arreglado, que acaso sea verdad! — así pensaba el filósofo. De repente se volvió hacia sus compañeros y les preguntó: — ¿Existe el infierno?

Los tres suspiraron, hicieron gestos de compasión, y respondieron:

— Sí, existe.

— Y la condenación, ¿es eterna?

— Eterna.

— ¡Solemne injusticia!

— ¡Terrible realidad! respondieron los del cielo á coro.

Pértinax se pasó la mortaja por la frente. Sudaba filosofía. Iba creyendo que estaba en el otro mundo. Aquella sinrazón de todo le convencía. — ¿Luego la cosmogonía y la teogonía de mi infancia eran la verdad?

— Sí: la primera y última filosofía.

— ¿Luego no sueño?

— No.

— ¡Confesión! ¡confesión! gritó llorando el filósofo; y cayó desmayado en los brazos de Diógenes.

Cuando volvió en sí, estaba de rodillas, todo vestido de blanco, en los estrados de Dios, á los pies de la Santísima Trinidad. Lo que más le cho-



có fué ver efectivamente al Hijo sentado á la diestra de Dios Padre. Como el Espíritu Santo estaba encima, entre cabeza y cabeza, resultaba que el Padre estaba á la izquierda.—No sé si un Trono ó una Dominación, se acercó á Pértinax y le dijo:

—Oye tu sentencia definitiva; y leyó la que sigue:

«Resultando que Pértinax, filósofo, es un pobre de espíritu incapaz de matar un mosquito;

»Resultando que estuvo dando alimentos y carrera por espacio de muchos años á un hijo natural habido por el tambor mayor Roque García en Mónica González, ama de llaves del filósofo;

»Considerando que todas sus filosofías no han causado más daño que el de abreviar su existencia, que no servía para bendita de Dios la cosa;

»Fallamos que debemos absolver, y absolvemos libremente al procesado, condenando en costas al fiscal señor D. Ramón Nocedal y dando por los méritos dichos al filósofo Pértinax la gloria eterna.»

Oída la sentencia, Pértinax volvió á desmayarse.

Cuando despertó, se encontró en su lecho. Mónica y un cura estaban á su lado.

—Señor, dijo la bruja, aquí está el confesor que usted ha pedido..

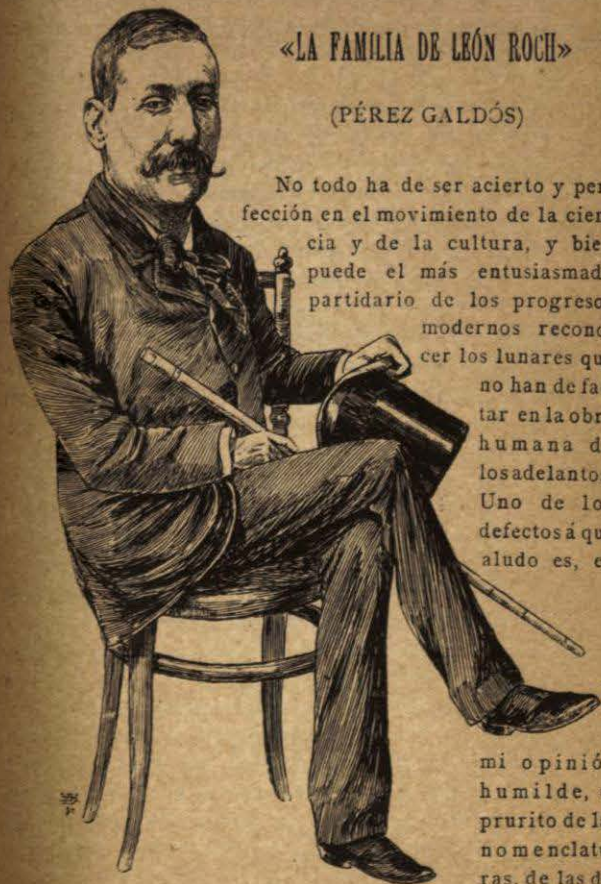
Pértinax se incorporó; pudo sentarse en la cama, y extendiendo ambas manos, gritó, mirando al confesor con ojos espantados:

—Digo, y repito, que todo es pura representación, y que se ha jugado conmigo una farsa indigna. Y en último caso, podrá ser cierto lo que he visto; pero entonces juro y perjuro que si Dios hizo el mundo, debió haberlo hecho de otro modo. — Y expiró de veras. No le enterraron en sagrado.



«LA FAMILIA DE LEÓN ROCH»

(PÉREZ GALDÓS)



No todo ha de ser acierto y perfección en el movimiento de la ciencia y de la cultura, y bien puede el más entusiasmado partidario de los progresos modernos reconocer los lunares que no han de faltar en la obra humana de los adelantos. Uno de los defectos á que aludo es, en

mi opinión humilde, el prurito de las nomenclaturas, de las di-

visiones y subdivisiones infranqueables que introducen en la ciencia y hasta en la literatura, aun tratadistas que

hacen alarde de muy prudentes y reservados, cuando no de escépticos. Dejo, porque no hace al caso directamente, la cuestión de la ciencia en este respecto, y me limito á tratar de las divisiones y clasificaciones en materia literaria. Pues bien: en academias, libros y hasta críticas de periódico suelen ser víctimas los míseros autores de este sistema parcelario. Tal crítico, á quien en su vida se le ha ocurrido tener razón, aplicando el *nonius* de sus abstractas cavilosasidades á la obra del ingenio, la encuentra incommensurable, y en este caso no transige con las más patentes bellezas. Aquí nos hemos reído mucho de la antigua retórica, que tenía una casuística para el arte; pero, en mi opinión, no serán menos ridículas, andando los tiempos, estas divisiones y subdivisiones de géneros y *subgéneros*, que son como casillas estadísticas á que ha de sujetar el artista el vuelo de su fantasía. El día en que la verdadera ciencia de la literatura sea conocida, se podrá legítimamente determinar cuál es la natural distinción de género á género; pero hoy que tal ciencia no existe (y ningún espíritu serio y sincero dirá otra cosa) exigen la verdad, la justicia y hasta el buen gusto, cierto latitudinarismo en la crítica respecto al fin y límites de las obras de arte; y á falta de dogmas evidentes, gran poder de intuición, estudio prolijo y reflexivo de los modelos que, sin degenerar en empirismo sistemático, si vale hablar así, se aparte de la abstracción seca y fría, nociva en todo, pero más que en nada en materia estética.

Para muchos que trabajan en una reacción, en su principio provechosa, contra el *utilitarismo* en el arte, es mancha que afea no poco la obra bella, la tendencia del autor á demostrar—como el arte puede y hasta donde puede—determinadas afirmaciones de un orden cualquiera: dicho esto así, y hablando en seguida del fin propio del arte y de su sustantividad, etc., etc., parece como que no hay nada que oponer, y que los poetas y demás artistas deben huir para siempre de toda *tendencia* en sus obras.

Y con todo, la experiencia nos enseña que el público de nuestros días, si aplaude las obras no tendenciosas cuando son bellas, más aplaude las que además *entrañan un grave problema social*, como dicen los redactores filósofos de *La Correspondencia*. Ejemplo, el mismo Sr. Pérez Galdós: mientras escribió sus *Episodios nacionales*, en que el público, aunque tal vez la hubiera, no advirtió tendencia alguna de enseñanza, sino pura novela descriptiva, no obtuvo todo el buen éxito de que vió después coronados sus esfuerzos cuando se publicó *Doña Perfecta* y *Gloria*.

Esta experiencia á que aludo, que es así, y de la cual pudiera citar infinitos ejemplos, ¿no podrá manifestarnos su razón suficiente? Creo que sí. El público en general vive en un estado de cultura muy inferior al que han alcanzado algunos privilegiados: si á tal pensador no le hace falta, para entrar en especulaciones purísimas y abismarse en ellas, el atractivo del arte, y antes lo que en él ha de haber de sensible é individual le estorba y retarda en el camino, no sucede lo mismo al pueblo todo, ni aun á muchos que pasan por hombres ilustrados y lo son á su modo: esta mayoría considerable del público sin este señuelo de la poesía no penetra voluntariamente en ciertas regiones del pensamiento; pero con el arte, sí entra, y en gustando aquella regalada ambrosía de las ideas más altas, al tratar con las *madres* goza lo que no soñó fuera de aquella misteriosa morada de que vivía tan cerca sin saberlo; y lo que allí ve y comprende, lo reputa por lo más bello y admirable, y atribuye al artista todo el valor de sus puras emociones, de aquellas reflexiones tan nuevas y tan profundas que mejoran su espíritu, lo levantan y depuran.

A esto se dirá: es que el arte, sólo por ser arte, obra esas maravillas, sin necesidad de ser *tendencioso*. Y entonces replico: pues el arte, que presentándose bellezas sensibles me eleva á esas regiones y me hace sentir mucho y con pureza, pensar con rectitud y profundidad, ó querer con energía y desinterés, á ese arte es al que yo llamo *tenden-*

cioso cuando concreta á determinado propósito este poder que tiene sobre mi espíritu. El arte que fuese á este fin útil por otros caminos, con disertaciones abstractas, de forma didáctica puramente, no merece el nombre de arte, y por eso muchos libros que se llaman tendenciosos, no lo son dentro de la esfera artística.

Las novelas contemporáneas del Sr. Pérez Galdós son tendenciosas, sí, pero no se *plantea en ellas tal ó cual problema social*, como suele decir la gacetilla, sino que como son copia artística de la realidad, es decir, copia hecha con reflexión, no de pedazos inconexos, sino de relaciones que abarcan una finalidad, sin lo cual no serían bellas, encierran profunda enseñanza, ni más ni menos, como en la realidad misma que también la encierra, para el que sabe ver, para el que encuentra la relación de finalidad y otras de razón entre los sucesos y los sucesos, los objetos y los objetos.

Así como de la vida real unos sacan más enseñanza que otros, de las novelas que deben ser copia de la vida real, pero no fragmentaria, sino de lo orgánico que hay en ella, unos sacan también más enseñanza que otros, y el novelista cumple con su cometido cuando de su obra se puede obtener—por quien pueda—lecciones de que otros no tienen ni acaso necesidad. ¿Quién duda que del *Quijote* ha obtenido más lecciones, más experiencias el siglo XIX que el siglo en que se escribió? Shakspeare no decía al alma de Voltaire lo que dice al espíritu sagaz de Henri Taine; y de fijo que la lectura de *La familia de León Roch* no suscitó en el pensamiento del cura de mi pueblo las reflexiones que pudiera hacer brotar del espíritu de algún Luis Gonzaga, de algún joven místico de puro corazón y de escogida inteligencia. En este sentido, ¿cómo no han de tener enseñanza las obras buenas, las que son reflejo artístico de la vida? Así es que, en mi humilde juicio, el ilustre novelista español, lejos de ir por mal camino en sus novelas contemporáneas, sigue el que más conviene, especialmente ahora; el que le dará más laureles, y al público más provecho.

Se trata de la primera parte de una novela que tendrá tres ó cuatro: el que haya creído que el asunto de esta obra es el problema del conflicto religioso, se equivoca, ó á lo menos no juzga con toda exactitud. León Roch y María Egipcíaca luchan, dentro del lazo que los une, por disidencias religiosas, mejor, por culpa del espíritu intolerante, seco y ciego del fanatismo, es verdad; pero si hasta aquí llega el desarrollo de la novela en la primera parte, las consecuencias del conflicto, que son las que se van á ver en el resto de la obra, forman su propio asunto, y por el primer tomo no es posible juzgar del conjunto ni de la idea principal.

Si olvidáramos esto, podríamos creer que el escaso movimiento que se nota en la primera parte era defecto capital de la novela, mientras no es más que una manera de exposición, que han usado otros notables novelistas: Víctor Hugo, por ejemplo, en *Los Trabajadores del Mar*, en *El Hombre que ríe* y tal vez en *Los Miserables*. Pero si falta movimiento —y esto cabe en una exposición— no falta interés, que no debe faltar nunca desde los primeros renglones.

León Roch interesa desde que aparece, no por la energía de su carácter, ni por la inflexibilidad de sus resoluciones, ni por la grandeza de su talento, sino por su propósito de formar una familia á imagen y semejanza de aquel noble anhelo de su corazón, que tan bien nos describe el autor. León Roch no es el filósofo estoico, ni el asceta laico, de voluntad de hierro, que va al cumplimiento de su destino por la línea recta imperturbable; es libre pensador, pero no es filósofo; ha dejado de creer en la religión cristiana, y no ha sustituido á la antigua Iglesia ninguna arquitectónica teológica; pero cree tener derecho, aun en medio de sus vacilaciones y debilidades, á la paz del hogar, al natural dominio, legítimo en ciertos límites, del esposo sobre el espíritu de la familia propia. No es León el varón perfecto, el Mesías de estos nuevos judíos que esperamos al *hombre nuevo*; gran novela podría hacer

un autor como Galdós con semejante carácter; pero esta vez no ha sido ese su asunto; tal vez León Roch no es siquiera el principal personaje de la obra de que se trata.

Lo que ha dado en llamarse el *problema religioso*, no sólo tiene importancia imponderable como tal problema religioso, sino que es digno de atención especial por las relaciones que mantiene con todo lo que en la vida nos interesa; por esta razón, aun los espíritus menos inclinados á meditar los misterios de ultratumba se preocupan con la materia religiosa, que, sin que nadie pueda estorbarlo, influye en todo, y al más despreocupado *sprit fort* puede hacerle víctima de su poder tiránico. León Roch, decía más arriba, no es un filósofo; si ha dejado de creer lo que le enseñaron en los primeros años, fué porque encontró aquella antinomia insoluble entre la aritmética y el catecismo de que nos habla Heine; mas, por desgracia, León, como tantos otros, no ha construído para su conciencia una dogmática, no tiene para cada afirmación atrevida de la Iglesia otra afirmación que oponer. Pero esto no es por culpa suya; y sin necesidad de saber á punto fijo lo que pasa de tejas arriba, se cree con derecho, y de ésto está seguro, á buscar una felicidad honesta, la del hogar tranquilo, en el cual se cumple ese idilio que el mismo cristianismo describe con tanta perfección; unión de los cuerpos y de las almas, dulce concordia en esta vida, que es á la vez un sagrado compromiso para la eternidad. María Egipcíaca es la compañera que escoge el pobre sabio para realizar sus legítimos ensueños. La novela comienza con una carta de María á León; en esa carta, que cada cual quisiera para sí, y bienaventurados los que hayan recibido alguna semejante, se revela un espíritu sencillo y noble, una ignorancia que suele acompañar á la inocencia y que parece que participa de sus encantos; ya en esa carta hay alguna nubecilla preñada de rayos, en realidad; pero como se ve de lejos y el sol la baña con su luz, parece un ramillete de flores en el jardín del cielo.

María llega á ser la esposa de León. La religión de la esposa debiera ser una garantía de que el matrimonio iba á realizar las aspiraciones de León. ¿Por qué se casan dos esposos? ¿Para saciar el sensual apetito? ¿Para fines puramente materiales? No por cierto, nos dice la Iglesia. «No es lícito emborracharos con vuestro propio vino,» ha dicho un santo; la concupiscencia no desaparece con la bendición del sacerdote: es preciso que la unión sea honesta, espiritual el vínculo. Esto quiere la Iglesia, y esto quiere León; perfecto acuerdo. Pero... la Iglesia tiene ideales que contradicen esos buenos propósitos. La mujer que cumpla como buena católica; la que tenga, como María Egipcíaca, los gérmenes del misticismo y aspire á una práctica seria y lógica de las doctrinas creídas, tenderá al ascetismo por su Dios (es decir, por una idea) dejará todo lo que no sea Dios, es decir, lo que ella se figura que es Dios, y sacrificará al esposo—porque todos los maridos son finitos y perecederos,—se perderá en las nubes ascendiendo de una en otra morada mística, y hará imposible aquella unión espiritual que la misma Iglesia juzga indispensable en el matrimonio. Todo esto, que es inflexiblemente lógico, se presenta en la novela de Pérez Galdós con la fuerza de convicción y persuasión que tienen la realidad y el arte. Ya se ha advertido en otras obras de nuestro novelista que los personajes que representan el error, son puro instrumento suyo, y sin dejar de tener interés sumo, vienen á ser como premisas de un silogismo, ó como miembros de una ecuación; no porque les falte espontaneidad, movimiento y vida, sino porque en todo eso no interviene el factor de la casualidad y de lo fenomenal, no sobreviene el azar de las contingencias ni las influencias encontradas de caracteres y temperamentos; todo se explica por la idea, por la fuerza originaria del error creído, amado y practicado. De la María Egipcíaca que se revela como divina aparición en la carta, bien puede sacar la religión al uso la mujer vestida de paño pardo, que es luego el tor-